

ARQUEOLOGIA DEL ALTO VALLE DE TENZA

Roberto Lleras Pérez

Este libro constituye una contribución a la arqueología del departamento de Boyacá y particularmente a una zona sobre la que se había escrito muy poco. En efecto los escasos reportes referentes a las columnas de Ramiriquí era lo único que se conocía para el área. El informe de Lleras viene a subsanar parte del vacío existente en el contexto arqueológico de las áreas aledañas a Tunja.

El esquema del informe comprende dos partes: La primera referente a una extensa recopilación geológica y ecológica y la segunda a una reconstrucción histórica de las ocupaciones de la zona desde sus inicios hasta la Colonia. Dentro de este último tema, Lleras identifica ocupaciones de la zona por parte de las gentes del Período Herrera —también reportados para la Sabana de Bogotá— y posteriormente habitada por el grupo comúnmente denominado Muisca.

En este trabajo es de gran importancia la reseña de una serie de manifestaciones culturales tales como petroglifos y pictografías en varios conjuntos rocosos y particularmente del taller de columnas líticas de Tibaná. Sumado a esto, el registro de las columnas dispersas en varios sitios de la región, y la recopilación de la información de algunas de ellas reseñadas con anterioridad por otros autores en artículos de difícil consulta. El autor propone una posible relación entre las columnas y los grupos del período Muisca pero la falta de material cultural asociable a ellos no le permite identificar su filiación cultural con exactitud. Sin embargo, como él mismo lo dice, es un rasgo que abre interesantes perspectivas de investigación aun por fuera de la zona. En efecto, al establecer correspondencia con este tipo de vestigios en áreas relativamente alejadas como Tunja y El Infiernito, encontramos que el material cerámico asociado de ambos sitios difiere enormemente del encontrado en la zona del Alto Valle de Tenza. Dicha cerámica forma un conjunto (estilo) muy local que se relaciona con las primeras manifestaciones de grupos de tradición "muiscoide" en la zona, ubicables hacia el siglo VIII después de Cristo. Su relación con las gentes del Alto Valle de Tenza aún está por establecerse tanto por cuestiones de estilo como de cronología.

Lleras observa ciertas dificultades en correlacionar el material de la zona del Período Muisca con el de otras áreas del altiplano cundiboyacense. El autor dice que los tipos Arenosos de Sutamarchán y Tunja son más antiguos que el Desgrasante Gris. En realidad, en las últimas investigaciones en Tunja, Valle de Samacá, Leiva y Sutamarchán, ambos tipos cerámicos aparecen juntos en todos los sitios en donde han sido reportados. Pero aparte de esto, realmente la dificultad estriba en el tipo de homologación que se está haciendo con el mate-

rial. En palabras de Lleras "el problema radica en que el Desgrasante Gris no puede utilizarse como indicador cronológico puesto que está presente a todo lo largo de la ocupación Muisca prehispánica (por lo menos desde el siglo XI) y subsiste durante el período Colonial" (p. 53).

Definitivamente este tipo cerámico es el más conflictivo de cuantos se hayan establecido para el altiplano cundiboyacense debido a que fue definido con base en la composición de la pasta, material que se encuentra en formaciones geológicas que recorren todo el altiplano. Al utilizar este criterio (la pasta), como marcador fundamental para conformar los tipos de todo el "territorio Muisca", es natural que la cerámica se vea igual y engañosamente contemporánea. Tal parece como si la clasificación obedeciera a una visión totalizante, es decir que todos los cacicazgos que habitaron el altiplano cundiboyacense pertenecieran a la misma gente. Sin embargo, al respecto, desde los cronistas hasta la misma arqueología, incluido este trabajo (p. 106) se encargan de mostrar continuamente una composición cultural heterogénea de los grupos que habitaron la región en la esfera política, social, económica, lingüística, prácticas funerarias y material cultural. Dentro de esta última, la cerámica muestra una diversidad local tan notoria, que como el mismo Lleras lo anota, "ofrecen un panorama que desconcierta. Mientras que los mismos datos etnohistóricos vinculan inequívocamente el área con el norte del territorio Muisca (Zacazgo) los tipos cerámicos encontrados pertenecen a tradiciones de la región sur (Zipazgo)" (p. 106).

Sin embargo, una correlación de todos los rasgos entre las diferentes tradiciones cerámicas particularmente de forma y diseño está aún por hacerse. Hasta ahora, las correlaciones han sido hechas fundamentalmente con base en la pasta, textura, técnica de manufactura, etc. y una serie de características entre las que se encuentran la forma y la decoración, pero como marcadores secundarios. De esta manera, se aglutina bajo el mismo rótulo (i.e. Desgrasante Gris) una serie de características tanto similares (pasta, desgrasante, cocción, técnica de manufactura) como diferentes (formas y diseños). Y es en estas últimas en donde el artífice materializa toda una carga cultural que lo identifica; al dejarla en segundo plano prácticamente estamos olvidando el rasgo más importante en el proceso de identificar grupos humanos. Bajo esta perspectiva cabe preguntarse qué tan precisos nos va a llevar la clasificación tradicional y qué tan débiles son las correlaciones de materiales que se han hecho.

A propósito de la clasificación cerámica, en una investigación recientemente publicada se trató este mismo tema causando gran polémica (ver Boada, Mora

y Therrien, 1988). En ella se proponía enfatizar criterios como la forma y los diseños pensando en que eran características más relevantes en la identificación de grupos humanos.

Precisamente la posición de Lleras fue una dura crítica a la propuesta arguyendo que la clasificación tradicional era perfectamente viable como herramienta de análisis. Ahora veo claramente que tampoco funciona para él a pesar de su ardiente defensa.

En efecto, cada vez es más clara la necesidad de diseñar una tipología que contemple la diversidad estilística para poder manejar conceptos de identidad y territorialidad en donde la expresión plástica y estética representen categorías de diferenciación social a nivel intra e intergrupal.

A parte de esta discrepancia de ideas referentes a la clasificación cerámica, debo felicitar al autor por el estilo tan ameno que tiene para escribir. En realidad es difícil leer los reportes arqueológicos por la gran canti-

dad de datos y descripciones, particularmente de la cerámica, a la cual se dedica generalmente tres cuartas partes de los informes convirtiéndolos en verdaderos ladrillos. Aquí, por el contrario, el diseño de fichas que sistematizan la información, dejan espacio para tratar el problema de poblamiento y desarrollos locales y permiten al lector concentrarse en el verdadero problema sin verse interrumpido por una tediosa descripción de material que sólo interesa o es leída por aquél que trabaja en la zona. Así mismo, la edición de este informe es infinitamente superior a las anteriores y el libro puede manejarse sin temor a que se desbarate entre las manos. Debo sí señalar que es una lástima la deficiencia en calidad y cantidad de las ilustraciones gráficas y fotográficas. Enfatizar en esta forma gráfica de recopilación de datos facilitará el intercambio de información en términos de la discusión antes planteada.

Ana María Boada Rivas

